

LA MARCHA DE DÍAZ HACIA OAXACA DURANTE LA INTERVENCIÓN

Adrián VALADES *

I

RECONCENTRADAS LAS TROPAS mexicanas en el interior del país, después de que el ejército francés ocupó la capital de la República, los Estados de Oriente quedaron aislados y expuestos a ser invadidos sin que los invasores encontraran en ellos una organizada resistencia; pues si bien contaban con algunos elementos de guerra, estaban empleados particular e independientemente por cada Estado, y en consecuencia divididos, y neutralizada toda su acción. El gobierno nacional, que se había establecido en San Luis Potosí, estaba a una distancia que hacía difícil y dilatadísima toda comunicación, así es que no sólo no podía atender a sus necesidades, pero ni aun siquiera estar al corriente de los acontecimientos. Por otra parte, sujeto también a los resultados de la guerra, ignoraba hasta dónde se vería obligado a alejarse.

Tales circunstancias exigían que se hiciera de aquellos Estados una división territorial, y que se unieran en un solo centro de acción todos sus medios de defensa. Grandes eran, sin duda alguna, las ventajas que en favor de la República prometía esta medida; pues además de que los elementos de que se podía disponer en los Estados de Oriente, que facilitaban poner en pie un cuerpo de ejército de seis a siete mil solda-

* NOTA DE LA REDACCIÓN.—El autor de estos apuntes, que hoy se publican por primera vez, fue testigo de todos los sucesos que narra. Los escribió en Durango, entre marzo y junio de 1867, según nos informa uno de sus descendientes, el cual agrega que Adrián Valadés dejó varios otros trabajos inéditos sobre historia militar, así como una *Historia de la Baja California* que abarca el período de 1810 a 1880.

dos, la posesión del de Oaxaca era importantísima, tanto por su situación respecto de la República (que teniéndolo por base de operaciones serviría, cuando menos, para embarazar al ejército invasor en su comunicación con el puerto de Veracruz) como por las seguridades de conservación que su topografía y recursos prestaban a la fuerza que lo ocupara.

El gobierno lo comprendió así, y desde luego dispuso que el general Porfirio Díaz, con tres mil hombres de las tres armas, marchase a Oaxaca, autorizándolo para disponer de las rentas federales y de la guardia nacional de aquel Estado; facultades que se le hicieron extensivas también para los Estados de Veracruz, Puebla y Tlaxcala, con la amplitud necesaria para los buenos resultados de la misión que se le confiaba. Las simpatías con que el general Díaz contaba en aquella zona, cuyos recursos y terreno le eran bastante conocidos, recomendaban altamente el acierto con que se hizo su nombramiento.

Para llegar el general Díaz a Oaxaca, tenía que cruzar las fronteras de los Estados de Michoacán, Guerrero y México, que era la única vía que podía seguir sin ser hostilizado; camino montañoso y en partes desierto, que exigía, para la conservación de la fuerza, previsores arreglos de administración a fin de evitar cualquiera escasez que necesariamente debía de presentar una vía extensa y extraviada de los grandes centros de población. Mas sea por imprevisión, o sea porque se tropezase con las dificultades que debe haber presentado la falta de organización administrativa en el ejército, o sea por una fatal costumbre adquirida entre las penurias de las guerras de partidas por que había venido atravesando la nación, el general Díaz se puso en marcha de San Juan del Río, el 6 de octubre de 1863, atenido para la manutención de sus tropas a los recursos que hubiese en los pueblos del tránsito. Aquella aventurada marcha comenzó a hacer sentir, a poco, las penalidades que tenían que serle consecuentes. Ciertamente que con toda oportunidad se advertía, por medio de las órdenes generales del día, cuándo se tenían que hacer algunas jornadas por desierto, para que los batallones se abastecieran particularmente de las provisiones ne-

cesarias; pero a aquel medio de prevenir el mal, además de otros inconvenientes, lo hacía del todo ineficaz la conducta de varios de los jefes de los cuerpos: el corto haber del soldado no siempre estuvo bajo la salvaguardia del decoro de sus superiores, que disponían de él como de su propia hacienda.

Los sufrimientos, pues, que trajo consigo aquella marcha, ya de por sí demasiado fatigosa debido a la estación en que se hacía y a la aspereza del terreno en que se caminaba con frecuencia, con más, careciéndose de víveres, llevaron la desmoralización a las filas; resultado natural, no sólo tratándose de soldados formados de gente que había sido arrancada de sus hogares por medio de la fuerza y retenida en las filas como prisionera, con el más exagerado rigorismo, y que carecía hasta de espíritu de cuerpo, sino aun de aquella tropa que, habituada a los padecimientos, ha adquirido la mayor de las virtudes militares: el valor para afrontar las grandes fatigas de la campaña.

Algunos de los jefes mismos llegaron a juzgar las aspiraciones que los ligaban a la carrera de las armas, sin porvenir alguno, dudando del buen éxito de aquella expedición dilatadísima, cuyas solas fatigas estaban destruyendo la fuerza; y con gran desaliento veían que se alejaban del interior, al que consideraban el único teatro de los acontecimientos donde se podían adquirir honores y provecho.

El malestar aumentaba, haciéndose insoportable a medida que la división del general Díaz se alejaba, y a punto estuvo de ocasionar un desastre.

Cediendo a tal desagrado, los jefes principales de la Brigada de Sinaloa determinaron, de común acuerdo, no seguir adelante, y segregarse con sus respectivos batallones. A la sazón un jefe imperialista, Valdés, seguía con una fuerza de observación la marcha de Díaz. Como esta circunstancia hacía probable que tras del combate que tendría que ocasionar aquella rebelión había que combatir con las fuerzas de Valdés (que, aunque no numerosas, podían sin embargo estar en ventajosas condiciones respecto de las de la Brigada de Sinaloa), se pensó entonces no sólo en neutralizar aquel enemigo, sino en buscar, además, su

apoyo para llevar a cabo el movimiento de segregación; y se entró desde luego en relaciones con aquel jefe imperialista, simulando adhesión al nuevo gobierno; aunque el propósito de los jefes sinaloenses era batirla en seguida, en la primera oportunidad que les diera la confianza que tuviera en ellos.

Aprovechando, pues, tres días que se dieron de descanso a la tropa en Zacuálpam, se arregló y convino la separación para la noche víspera de que continuara la marcha; pero uno de los oficiales del 4º batallón de Sinaloa, cuyos jefes no estaban en aquel acuerdo, reveló todo al general Díaz. Este jefe, sin recurrir a ninguna violenta determinación para evitar dicho intento, sino, al contrario, aparentando la mayor ignorancia de lo que se trataba, hizo ostensibles solamente ciertas precauciones, que ningunas sospechas podían suscitar sobre el verdadero objeto que tenían, y sí, que el resto de la fuerza estaba lista, preparada para no ser sorprendida. Esa actitud hizo vacilar a los jefes de la Brigada de Sinaloa, quienes aplazaron su intención para ocasión más favorable.

En un estado en que la desertión llamaba seriamente la atención, el 27 del mismo mes de octubre, la División llegó frente a Taxco, punto ocupado por tres o cuatrocientos imperialistas a las órdenes de un teniente coronel Toledo.

La superioridad numérica de la fuerza del general Díaz sobre la de aquella plaza, le aseguraba todas las probabilidades de buen éxito en un ataque, que, por otra parte, le ofrecía una magnífica oportunidad para cortar el decaimiento moral de la tropa, para interrumpir la monotonía de las marchas, para obtener un triunfo que, reanimando el espíritu militar, podía hacer olvidar los padecimientos; y después de esto, con unos días de descanso, se tendrían en lo sucesivo los medios para que el soldado no careciera de lo necesario, e indudablemente se hubiera logrado hacer cesar la desertión.

El susodicho pueblo era, además, un foco de desobediencia al gobierno de la República, y no convenía dejar en pie aquella fuerza, cuando había muchas probabilidades de destruirla.

La guarnición de Taxco (que, como hemos dicho, sólo tenía un efectivo de más o menos tres a cuatrocientos hombres) estaba resuelta a defender la población, aun careciendo de

suficientes municiones, pero contando con el apoyo de Vicario, que ocupaba a Iguala con algo más de mil hombres. Díaz hizo avanzar en observación hacia este último punto al general Mariano Escobedo con la brigada de caballería y el 4º batallón de Sinaloa, y atacó a Taxco el día 28 del mismo mes de octubre con los batallones 1º y 2º de Sinaloa, apoyados con una compañía del batallón "Cazadores de Oaxaca" y otra del 1º de México. Después de una corta resistencia, los imperialistas, que habían agotado sus municiones, pues hasta usaron cabezas de fósforos a guisa de fulminantes, tuvieron que rendirse a discreción. Díaz hizo 271 prisioneros, incluso los jefes, y recogió 163 fusiles y un obús de montaña.

Todas las ventajas que pudieron haberse obtenido con aquel triunfo, para remediar la desmoralización, se desconocieron. Tan luego como fue ocupada la plaza, se dio orden de que fueran saqueados el templo católico y algunas casas particulares. Autorización semejante, como era de esperarse, ocasionó un hecho verdaderamente escandaloso. En medio del desorden, tan perjudicial a la subordinación y disciplina, fue saqueada, entre otras varias casas, la de Jecker y el templo, desarrollándose escenas repugnantes en que tomaron parte algunos jefes y no pocos oficiales, pues tal desorden puso toda categoría militar al nivel del soldado raso. Extrañas y odiosas disputas llegaron a provocarse ya por un cáliz, un copón o alguna otra alhaja, según fuese su valor que, mientras más alto, debía corresponder sólo a las clases superiores. Hubo, sin embargo, honrosísimas excepciones de jefes dignos que, lejos de participar en el saqueo, lamentaban lo extraviado de la disposición que lo había determinado. A resultas de lo cual, en dos o tres horas, se derrochó de aquella manera tal cantidad de plata, que representaba algunos miles de pesos, y pudo haberse utilizado en beneficio de la División.

No se puede comprender cuál pueda haber sido el objeto de autorizar el hecho a que aludimos. Si hubiera sobrevenido de la confusión y desorden, consecuentes a la ocupación de una plaza a viva fuerza, tendríase en cuenta una circunstancia atenuante; pero cuando la guarnición de Taxco se rindió, y la plaza se ocupó en el mejor orden, ningún motivo

podrá justificar acto tan inmoral e impolítico, cuanto pernicioso a la conservación misma de aquella fuerza.

DESPUÉS DE TRES DÍAS de descanso, se continuó la marcha. Los equipajes de algunos jefes y oficiales habían aumentado notablemente, y los soldados caminaban agobiados con los despojos del botín: ropa, alhajas, libros, instrumentos de agri- mensura y de minería y otra infinidad de cosas se veían por todas partes en las filas.

Al pasar por las inmediaciones de Iguala, las tropas enemigas, al mando de Vicario, aguardaban en posición; pero Díaz, obligado a conservar las pocas municiones que le restaban, esquivó atacarlas, y siguió de paso. Vicario, debido a la superioridad numérica de la fuerza de Díaz, sólo se mantuvo en observación, sin atreverse a seguirlo.

En Tepecuacuilpo se concedieron ascensos a los jefes y oficiales de los batallones 1º y 2º de Sinaloa, quizá más para halagarlos por el desagrado con que seguían aquella marcha, que no como un premio por el hecho de armas de Taxco; sin embargo, el teniente coronel Diódoro Corella, que sólo fue ascendido a coronel graduado, mientras que el jefe del 2º batallón, Jesús Toledo, lo fue a coronel efectivo, no quedó satisfecho, y apenas si debido a formales promesas de parte del jefe de la brigada, de que pronto sería ascendido también a coronel efectivo, se logró hacerlo volver de dos o tres leguas de distancia en donde se encontraba ya, resuelto a retirarse a México.

Los jefes imperialistas prisioneros, Toledo y otro, fueron fusilados en aquel pueblo, junto con un sacerdote que también fue aprehendido en Taxco. El resto de los prisioneros fueron divididos en todos los batallones, y empleados en conducir en hombros las cargas de armamento sobrante, en cuyas penosísimas fatigas sucumbieron algunos; otros, prefiriendo la muerte a aquella condición desgraciada e inhumano trato, se fugaron de entre las mismas filas de los soldados que los custodiaban; y al fin, los que quedaron fueron agregados a la fuerza.

La desertión continuó en mayores proporciones. No sólo

a los soldados, sino aun a los oficiales, que se veían con algunos recursos adquiridos en el saqueo, les cansaban las fatigas y abandonaban las filas. Desde Cuilapa fueron exhortados varios oficiales desertores que se internaron en el Estado de Guerrero. El juego era otro cáncer pernicioso que se desarrolló con cierta impunidad desmoralizadora en el seno de aquella División. Los copones, cálices, piedras finas, fragmentos de custodias y de otros muchos objetos de plata del servicio del templo de Taxco estaban pasando constantemente de manos de un oficial subalterno a las de algún jefe, o viceversa, según los caprichos de la fortuna o la habilidad en los escamoteos con la baraja.

Las dificultades para la manutención de la tropa comenzaron también a ser mayores que las que se habían presentado a principios de la marcha. El terror que infundían los soldados era el motivo de que los habitantes de muchos de los pueblos del tránsito abandonaran sus hogares, llevándose consigo todas las cosas que podían llevarse, y que se encontraran las poblaciones completamente solas. El imperativo de la necesidad obligaba naturalmente en tales casos a buscar donde los hubiera los medios indispensables para la vida, autorizándose el asalto de las casas, es decir, no sólo que se disimulara, sino que se ordenaba el saqueo. No fue extraño algunas veces, en tal proceder, algo de venganza por la desconfianza de los pueblos que, a causa de las dificultades y penurias que originaban, era considerada, no como un temor natural en aquellas sencillas gentes de ser víctimas de los desmanes cometidos en otras partes y de verse arrastradas por la *leva*, sino como una manifiesta hostilidad.

Fácil es comprender los abusos a que darían lugar esos precedentes, y de los que no escaparon ni aun los mismos pueblos que recibían a las fuerzas con grandes muestras de regocijo.

Con el fin de contener tales actos era preciso recurrir a severísimos castigos, y por la orden general se previno que se impondría la pena de muerte al que cometiera el más insignificante robo en las poblaciones que se consideraban adictas; aunque las circunstancias mismas de la marcha tenían que

invalidar la aplicación de tan terrible pena. El mal no se corrigió; y sin embargo, un oficial subalterno que se degradó en Cuilapa fue el único castigo ejemplar que hubo durante la marcha seguida por la División hasta llegar al Estado de Oaxaca.

II

A FINES DE NOVIEMBRE, después de una marcha de cerca de dos meses, Díaz llegó a Huajuápam, en la frontera del Estado de Oaxaca, con su fuerza disminuida como en una tercera parte a causa de las deserciones, y en lamentable estado de desmoralización.

No obstante de que había sido invadido ya aquel Estado por una fuerza imperialista al mando de Visoso, quien había obtenido una pequeña ventaja sobre otra del mismo Estado, y obligado al gobernador a abandonar la capital y dirigirse hacia Silacayoápam, tales acontecimientos no tuvieron ninguna importancia para las tropas del general Díaz, cuya sola superioridad numérica fue bastante para que el jefe imperialista retrocediera apresuradamente y el Estado quedara libre, por entonces, de todo amago formal.

Díaz reasumió luego los mandos político y militar de Oaxaca, quedando confirmada por su legislatura la declaración del estado de sitio que había sido decretada en 21 de noviembre de 1862; nombró gobernador y comandante militar al general Ballesteros, y se dedicó a la dirección de la administración federal de la línea. Los Estados de Puebla y Veracruz fueron divididos en dos comandancias militares, del Norte y del Sur, habiéndose encargado del mando de la de Sotavento de Veracruz al general Alejandro García.

La más urgente e imperiosa necesidad que tuvo delante Díaz, al afrontar aquella situación, era la pronta reorganización de su cuerpo de ejército para aprovechar la oportunidad de entrar en acción. Con este objeto la fuerza marchó desde luego a Oaxaca, quedando en Huajuápam una brigada para cubrir la frontera del Estado, limítrofe con el de Puebla.

La reorganización se hizo con bastante actividad; y, en

cuanto fue posible, se procuró restablecer la disciplina, corrigiendo con penas severas los vicios adquiridos durante la marcha; así es que tres o cuatro meses después, se habían reclutado como dos mil hombres; se disponía de los equipos y pertrechos de guerra necesarios; se había recompuesto el armamento, y, unida esta fuerza a la existente en el Estado, el Cuerpo de Ejército de Oriente contaba con un efectivo de cinco a seil mil hombres de las tres armas, listos para entrar en campaña.* Era el momento más oportuno. Los franceses, con todo su grueso, operaban ya en el interior de la República, como a doscientas leguas de distancia de los Estados de Oriente, comprometidos con el ejército del Centro. Ya habían tomado varias poblaciones importantes, debilitando así su cuerpo expedicionario para guarnecerlas, y les era difícil, por este motivo, separar una fuerza superior a la de Díaz. No teniendo nada que temer de los Estados que quedaron a su retaguardia sin ser invadidos, no habían dejado en observación ningunos elementos respetables, y estaba mal cubierta su línea de comunicación de Veracruz a México. Puebla, así como las demás poblaciones que ocupaban en ese mismo Estado y el de Veracruz, tenían, relativamente, cortas guarniciones.

Tan luego como Díaz hubiera tomado la iniciativa, Bazaine

* He aquí los batallones que componían la División con sus jefes respectivos, y cuál era, aproximadamente, el número de la fuerza con que contaban:

Ingenieros, capitán Pérez Castro, 150 hombres.

Artillería, coronel Terán, 300 hombres.

Regimiento "Morelos", 1º y 2º batallones, coronel Ballesteros, 1000 hombres.

Batallón 1º de México, Espinoza Gorostiza, 600 hombres.

Batallón 2º de México, coronel Manuel González, 800 hombres.

Cazadores de Oaxaca, coronel Ballesteros, 500 hombres.

1º de Sinaloa, coronel Diódoro Corella, 300 hombres.

2º de Sinaloa, coronel Jesús Toledo, 300 hombres.

4º de Sinaloa, coronel Crispín Palomares, 400 hombres.

Escuadrón del Norte, coronel Gerónimo Treviño, 200 hombres.

Lanceros de Oaxaca, coronel Félix Díaz, 200 hombres.

Guerrilla Cacho, coronel Cacho, 100 hombres.

En total: 5850 hombres. Después aumentó la División con un batallón más, y se contaba con 500 guardias nacionales.

hubiera tenido indudablemente que asegurar su vía de comunicación con una fuerza considerable, la cual habría tardado un mes, cuando menos —tiempo en que se podía haber efectuado con éxito un ataque brusco sobre Puebla, o haber destruído algunos de los destacamentos más aislados—, antes de que aquélla lograrse reconcentrarse. Es de suponerse que el resultado de una pronta acción militar habría sido la adquisición de armas y recursos para aumentar la División, una influencia moral de gran provecho en aquellos pueblos, y que, aguerrida y moralizada la tropa, podía haber combatido contra la fuerza que fuese enviada en auxilio. El curso de los acontecimientos vendría a indicar los hechos de armas posteriores, cuyo desarrollo habría estado asegurado con más o menos probabilidades. Por otra parte, establecida la base de operaciones en las montañas de la Mixteca que circundan la frontera del Estado de Oaxaca, colindante con las de Puebla y Veracruz, Díaz habría estado a cubierto de una eventualidad. Construidas las fortificaciones necesarias en los puntos convenientes, se hubiera contado con posiciones bastante ventajosas a corta distancia de Puebla, de manera que si la fuerza enemiga hubiese sido superior a la de Díaz y que éste no hubiera podido batirla, o que por algún incidente tuviese que retirarse, una marcha regresiva de muy pocos días lo hubiera llevado a sus posiciones, en donde podía recobrar todas las ventajas que éstas le daban, y en donde el enemigo habría vacilado en atacarlo, si no tuviera a su disposición formales elementos. Aun después de haber ocupado casi toda la República, su campaña sobre Oaxaca la hizo el enemigo con todas las precauciones que aconseja el arte de la guerra, y la dirigió personalmente el mismo mariscal Bazaine. Sea, pues, que desde entonces se hubiera comprometido en una campaña, o que ante la actitud ofensiva de Díaz sólo se viese obligado a reforzar sus guarniciones en el Estado de Puebla y permanecer resguardando las poblaciones que ocupaba, se hubiera debilitado en el interior, donde las fuerzas mexicanas tendrían que haber combatido contra tres o cuatro mil hombres menos.

Si bien es cierto que por su naturaleza, armamento, etcétera, las fuerzas de Díaz eran inferiores a las del enemigo,

también lo es que tenían, en cambio, una gran superioridad numérica sobre las que guarnecían las poblaciones del Estado de Puebla limítrofes con el Estado de Oaxaca, contra las cuales tenían que luchar inmediatamente. No era, pues, difícil haber llevado a cabo el plan de operaciones trazado de acuerdo con aquellas circunstancias.

En consecuencia, reorganizada la División, era preciso haber fortificado desde luego los puntos más ventajosos y convenientes de la Mixteca, lo mismo que la plaza de Oaxaca, y tomar la ofensiva. Si no se hacía así, además de que se desaprovechaba la oportunidad que tan buenas perspectivas ofrecía, y que tal vez no se presentarían después, se le daba tiempo al enemigo para desplegar ventajosamente toda su acción en el interior; pues con la inacción de Díaz se aislaban naturalmente las operaciones de los dos cuerpos de ejército, el del Centro y el de Oriente: el enemigo aumentaba fácilmente sus elementos teniendo segura, como la tenía, su vía de comunicación a Veracruz; y era probable que después, destruido el ejército que operaba en el interior, siendo mayores los recursos, y disminuidas las atenciones de su cuerpo expedicionario, hubieran sido mayores también sus ventajas, contrariamente a las probabilidades favorables para el general Díaz. Todo esto sucedería, aparte la influencia perniciosa de la inacción en sus fuerzas.

Pero parece que no sólo se pasó por alto el conocimiento de todas las ventajas que se habrían obtenido tomando la ofensiva, sino que aun se olvidó prestar atención al aseguramiento de los medios de defensa.

Para no tomarla, pudo el general en jefe tener sus razones, aunque no de tanto peso como las que para ello había; pero ¿cuáles tuvo para desatender la fortificación de Oaxaca y la Mixteca, principalmente, cuando la conservación misma de la fuerza hacía tan necesaria su posesión hasta lo último, dada la importancia vital de ambas, puesto que allí estaba la fuente de la mayor parte de los recursos para la subsistencia, y a la vez por contar con los puntos más estratégicos para la defensa?

Según decían algunos de los principales jefes de la División, el general Díaz abrigaba la convicción de que el ejército fran-

cés sería pronto arrojado del país; y que, pudiendo entonces completar el triunfo, no consideraba prudente aventurarse en anticipada campaña. Se decía, asimismo, que dudaba de que los franceses emprendieran una campaña formal en su contra. Esto se refería con frecuencia, y, cierto o no, parecía corroborarlo la actitud asumida por el general Díaz.

LA INACCIÓN HIZO renacer la mal curada corrupción de las costumbres militares, que comenzaron a estar poco o extremadamente sujetas a las leyes de la disciplina y buena organización. Grande era el abandono en el servicio. Los continuos desórdenes de una oficialidad, por lo general, despreocupada de la buena conducta, y la escandalosa desertión de la tropa, obligaron al general Benavides a declarar en campamento la guarnición de Huajuápam, a efecto de detener la anarquía imperante en aquella fuerza, con todo el rigorismo de las leyes militares; pero todas las medidas que se tomaban, por más enérgicas que fuesen, eran neutralizadas por hechos perniciosos autorizados por los mismos jefes encargados de remediar la situación. Poco después de expedida la orden general que declaraba en campamento la guarnición de Huajuápam, se ordenaba el saqueo y destrucción del pueblo de Chila, semejante al de Taxco: fue también robado el templo de dicho lugar. No era posible, de esta manera, la moralidad de la tropa.

Por otra parte, la impureza con que muchos de los jefes de los cuerpos manejaban los haberes del soldado, vicio arraigado profundamente a la sazón en nuestro ejército, y aun posteriormente, hizo también que se extendiese en la División su pernicioso influjo. El 2º batallón de México, que mandaba el coronel Manuel González,* sacudió la miserable servidumbre en que se le tenía, desertando en masa al grito de *¡Muera el hambre!*, y se perdían ochocientos hombres armados. El resto de los batallones no podían conservarse en alta fuerza, no obstante la severa vigilancia que se ejercía para cuidar a la tropa, y de la constante *leva* en los pueblos para aumentar

* Después Presidente de la República.

las lilas. La deserción ocasionaba una pérdida de hombres, armas y equipo, mayor que la que se hubiera podido tener en una batalla.

A lo cual debe agregarse que muchos de los pueblos del Estado, especialmente los de las Mixtecas, además de los impuestos con que los abrumaban, eran víctimas de frecuentes abusos cometidos por oficiales ignorantes, viciosos, que sin correctivo que temer se entregaban a todo género de desórdenes. Las violencias con los habitantes pacíficos y los raptos estaban a la orden del día, no sólo en las poblaciones chicas, sino también en la misma capital, habiendo llegado a tal grado de desarrollo la prostitución en este respecto, que el general Díaz tuvo varias juntas de oficiales superiores en las cuales se trató de buscar un remedio para contener tanta inmoralidad, de que se resentía consecuentemente el buen servicio.

Los templos de Yangütlán, Huajolotitlán y Tamazulápam fueron robados por algunos oficiales, y muchas de sus imágenes, en medio del mayor alarde, sirvieron de combustible en los vivaques de la tropa, hiriéndose vivamente con tales actos las creencias religiosas de los habitantes de aquellas poblaciones, quienes con ansia esperaban la ocasión de vengarse de semejantes ultrajes; y era de presumirse que se aliarían a los franceses, como así sucedió, luego que éstos invadieron el Estado. El relajamiento en las costumbres militares a que nos referimos, era el resultado de la ociosa inacción en que se tenía a la fuerza.

Algunas marchas y contramarchas, con el nombre de *reconocimientos*, a diez o quince leguas de Huajuápam de León hacia los puntos que ocupaba el enemigo, fueron los únicos movimientos que se hicieron durante seis meses. En una de esas maniobras, verdaderamente sin objeto alguno, el general Mariano Escobedo, que iba a la vanguardia con el mando de la caballería, se adelantó casi hasta los primeros puestos del enemigo, por lo cual le hizo un serio extrañamiento el general Benavides, jefe de la línea avanzada, quien tenía instrucciones terminantes, no sólo de no comprometerse en un ataque, sino de no atraer la atención de la fuerza francesa hostilizando sus avanzadas, con el fin de no precipitar los acontecimientos.

En el entretanto, los imperialistas habían comenzado a invadir los Estados de Yucatán y Tabasco, en cuyo auxilio se mandó al general Cristóbal Salinas con un batallón de infantería, algunos artilleros y armamento. Los resultados de esta campaña fueron favorables para las armas nacionales, aunque aquellos desgraciados pueblos, si bien se vieron libres de los soldados imperialistas, no dejaron de ser, a su vez, víctimas de la rapacidad de las tropas vencedoras. Varios de los templos fueron saqueados. Uno de los oficiales que más se distinguió por sus desmanes en el Estado de Chiapas fue un teniente coronel Alcántara, que figuró después como general. A su regreso de aquella expedición militar, cuyos excesos eran demasiado conocidos por la sociedad de Oaxaca, no tuvo empacho Alcántara en hacer pública ostentación de sus riquezas, que tan poco se recomendaban por su origen, con verdadero alarde de cinismo insolente: usaba de una montura especial que se había mandado hacer para sus paseos a caballo, cubierta toda de plata, y de un traje de charro también cargado de adornos del mismo metal. Ante los severos comentarios que esto provocaba en la ciudad, puesto que nadie ignoraba la procedencia de la plata utilizada en dichos arreos, el general Díaz no guardó indiferencia, sino que amonestó a Alcántara, por conducto del coronel Angulo, jefe de la brigada de Sinaloa, previniéndole que se abstuviera de aquel exhibicionismo indignante, bajo el amago de que se procedería contra él si no lo hacía; pero habiendo pasado por alto la advertencia susodicha, Díaz dispuso entonces que se le decomisara una gran cantidad de alhajas mal habidas, y fue dado de baja de la División.

En junio de 1864 se despachó una nueva fuerza expedicionaria, a las órdenes del coronel Joaquín Terán, en auxilio de la ciudad de Tlacotalpam, que estaba en poder de las fuerzas imperialistas, las cuales se vieron obligadas a abandonarla.

III

LOS PUESTOS AVANZADOS del enemigo permanecieron sin ninguna inquietud en Tehuacán y Matamoros Izúcar, desde no-

viembre de 1863 hasta julio de 1864 en que, después de la destrucción del ejército del Centro y de la ocupación de la mayor parte de las poblaciones de la República, los jefes imperia-listas comenzaron a organizar su expedición sobre Oaxaca.

Con cerca de dos mil hombres, divididos en dos columnas, emprendieron su movimiento: una marchó hacia San Antonio, y la otra hacia Huajuapán, a efecto de apoderarse de estos lugares, establecer en ellos la base de operaciones y abrir y arreglar caminos para la artillería y trenes.

Nuestras fuerzas avanzadas en ese mismo rumbo se retiraron a la aproximación del enemigo: la que estaba en Huajuapán, a Tamazulápam, y la que estaba en San Antonio a. . .

El general Díaz, comprendiendo la ventaja que le daría el tomar la iniciativa sobre un enemigo que, menospreciándolo, ejecutaba una marcha divergente, con dos cuerpos a distancia como de veinte leguas uno de otro, y a los cuales podía batir separadamente, se movió en el acto. Su plan consistía en marchar con todo el grueso de sus fuerzas hasta Tamazulápam, a fin de que el enemigo, en espera de un ataque sobre Huajuapán, debilitara las fuerzas que ocupaban a San Antonio. De allí, por medio de una rápida maniobra llevada a cabo a favor de las sombras de la noche, dirigirse hacia el último de los lugares citados, en combinación con los soldados que mandaba Gorostiza, dejando solamente en Huajuapán una fuerza en observación que le cubriera la retirada. Sorprendido el enemigo en San Antonio, y destruido indudablemente, entonces ambas fuerzas acometerían sobre Huajuapán, de donde la columna francesa habría tenido que retirarse o sucumbir.

Díaz llegó a Tamazulápam a las cuatro de la tarde, y se movió sobre San Antonio a las siete de la noche, dejando en aquella población al general Benavides con 600 hombres de infantería, 200 caballos y 2 cañones de montaña.

El movimiento fue bien ejecutado; pero en el momento decisivo, la irresolución del general Díaz trajo como consecuencia inmediata que una compañía francesa de ciento y tantos hombres hiciera fracasar a tres mil soldados mexicanos en su primero y único movimiento hostil.

El enemigo estacionado en San Antonio, ante la sorpresa

causada por un grueso de fuerza tan superior a la suya, se replegó prontamente a la iglesia, abandonando en poder de Díaz todo su equipo, tiendas de campaña y algunos carros con provisiones. Se defendía posesionado del interior de la iglesia, del coro y de la torre, contra nuestros soldados que, para protegerse, se habían parapetado tras de la tapiecilla que circunda al cementerio. Los franceses peleaban heroicamente: varias veces intentaron salir, abriéndose paso a punta de bayoneta, pero estaban impotentes, por su inferioridad numérica, para lograrlo; siempre eran rechazados y obligados a permanecer dentro del templo. Después de media hora de combate, ya casi destrozados, muerto su jefe en una de las tentativas de huida, la agitación comenzó a cundir en sus filas, y no podían recibir auxilio. Algunos grupos de tres a cinco hombres, nada más, habían llegado a Teotitlán, donde estaba el grueso de la columna, y se habían colocado en tiradores, ocultándose entre la maleza que invadía el pueblo. Pero, por desgracia, los soldados del regimiento "Morelos" se lanzaron a apropiarse del cargamento de los carros capturados, y de aquí siguió el desorden, que fue creciendo hasta el extremo de que aquéllos, desorganizados más aún bajo el fuego de los tiradores franceses cuyo número había aumentado, se oponen con las armas a los oficiales que tratan de reducirlos al orden, para reorganizarlos, y se hace imposible conseguirlo. Y es entonces cuando el enemigo se aprovecha de esta circunstancia, se rehace con presteza e intenta otra salida en un último esfuerzo. La fuerza mexicana que estaba posesionada de la barda del cementerio, cede al empuje desesperado del enemigo que, al tomar dicho lugar, recobra sus tiendas de campaña perdidas; y, finalmente, ocurre el caso lamentable de que una sola compañía rechaza a una columna de tres mil hombres.

Díaz emprendió la retirada hacia Oaxaca expidiendo orden, a todas sus fuerzas, de reconcentrarse en dicha ciudad.

IV

PASADOS TRES DÍAS después del movimiento del general en jefe sin que se tuviera noticia de la columna y sin haberse recibido

tampoco en Tamazulápam, como se esperaba, la orden de movilizarse, no podía atribuirse aquel silencio sino a que el general Díaz había sufrido un fracaso.

El general Benavides, comprendiendo la peligrosa situación en que estaría si hubiese sido derrotado el general en jefe, por razón de tener tan cerca a un enemigo superior a él en número, y porque, además, quedaría cortada su retirada hacia Oaxaca, aunque no debía de abandonar el punto que ocupaba a menos que así se le ordenase, ante la imperiosa necesidad de hacerlo, promovió una junta de guerra para tomar una resolución de inmediato, poniendo así a cubierto su responsabilidad.

La junta acordó que la fuerza se situara en Yangüitlán, que era la parte media de los caminos de Huajuapam y San Antonio, lo cual permitiría estar en observación de ambos lugares, y asegurar, además, el camino de Tlaxiaco, por el que tendría que efectuar la retirada, en caso de que el enemigo de San Antonio, derrotado Díaz, se interpusiera entre Oaxaca y Yangüitlán y avanzara el de Huajuapam.

Conforme al susodicho acuerdo, la fuerza se retiró en seguida a Yangüitlán; y al siguiente día de estar allí, vinieron a corroborar la sospecha del descalabro del general Díaz dos o tres dispersos heridos que llegaron al mismo lugar.

Suponiéndose cierta la derrota del general en jefe, el general Mariano Escobedo reunió a los jefes de los cuerpos de la brigada en una junta secreta, en la cual se resolvió que se dividirían en dos cada uno de los batallones 1º y 2º de Sinaloa, y así divididos, formar con cada uno de ellos una brigada al mando de sus respectivos coroneles, que ascenderían a generales. Se daría también el grado inmediato a los tenientes coroneles y a los mayores, que serían los comandantes de los cuatro batallones. Organizada de esta manera una pequeña división, al mando del general Escobedo, se desconocería al general Benavides, y se dirigiría a la frontera del Norte.

No obstante de que el general Benavides tuvo conocimiento oportuno de la trama fraguada en su contra, nada hizo por desbaratar la conjura que, sin embargo, no llegó a tener efecto, porque a poco se recibió la orden de Díaz para que la fuerza

se reconcentrara en Oaxaca, habiéndose llevado a cabo la reconcentración dos días después, y fue hasta entonces cuando comenzó a fortificarse rápidamente aquella plaza.

El general Díaz también tuvo conocimiento del intento de segregación del general Escobedo, quien desde luego se separó o fue separado de la División.

OBSERVACIONES

1) Díaz, no dudando de que la superioridad numérica de sus fuerzas le daría el triunfo, hizo depender de esta certidumbre las operaciones militares, y cometió una falta que pudo haber sido de suma gravedad, si el enemigo no hubiera actuado con torpeza, como lo hizo, después del descalabro referido.

La fuerza de observación quedaba separada de la columna destacada sobre San Antonio por una distancia como de cuarenta leguas; era inferior al enemigo que ocupaba a Huajuapán, estaba a diez leguas de distancia de él, sin un punto fortificado donde pudiese hacer una defensa vigorosa, y quedó sujeta, para moverse, a las órdenes que recibiera del cuartel general. Si bien cuando el enemigo supiera el movimiento de Díaz, éste podía ya estar atacando a San Antonio, y la duda respecto al resultado no dejaría que el de Huajuapán intentara hacer frente a Benavides, si sufría un descalabro, como debía de haberlo previsto, en un día podía arrollar a la fuerza de observación y cortarle a él su retirada. Debía de haber quedado con independencia de acción, aunque fuese sobre un terreno previamente señalado, o haber dejado mayor número de fuerza.

2) En el ataque de San Antonio, Díaz se mostró sin energía e irresoluto: al principio no supo aprovechar las vacilaciones de un enemigo tan débil que a cada momento se veía rechazado por una fuerza superior, y después no se atrevió a comprometer más soldados, porque tomó por derrota el desorden de un batallón, y supuso que ya no había más que hacer sino reconcentrarse a la plaza de Oaxaca. Esta falsa medida, después de aquel pequeño incidente, acabó por rematar su ruina.

Concedamos que el desorden del regimiento "Morelos" fue un motivo que obligó a ceder ante un número tan insignificante de fuerza, pero ceder para rehacerse y volver a la carga, y haber destruido a aquel grupo, a pesar de mil proezas de heroísmo que hubiera hecho, antes que el grueso de la columna hubiera tenido tiempo de protegerlo. La retirada, cuando se contaba aún con tropas frescas de qué disponer, y en tales circunstancias, era contraria a las reglas de la guerra: equivalía a tanto como declararse en derrota antes de entrar en combate. Se daba al enemigo una superioridad que no tenía; debilitada la moral de la tropa con el desorden del "Morelos", si no se recobraba insistiendo en la carga, se destruía completamente, y de aquí venía la desertión y pérdida de armas de que tanto se carecía, como sucedió: 13,000 hombres en la primera marcha quedaron reducidos a 1,500 o 1,800! Además, era de suponerse que el enemigo le seguiría con tenacidad, y que podía destruirle vergonzosamente antes de que ocupara a Oaxaca, y a la vez tomar la ofensiva sobre Benavides. Nada de esto sucedió; pero fue debido a faltas del general en jefe.

Díaz debió haber llevado hasta el fin, con firmeza y rapidez, el desarrollo de su plan.

3) Ya que se cometió el error de la retirada, ésta no debió de haber pasado de las Mixtecas. ¿Qué iba a hacer Díaz a la capital del Estado, que no ofrecía condiciones favorables para la defensa? Esto significaba el abandono de sus mejores posiciones, así como la mayor parte de sus recursos, lo cual le acarrearía después grandes dificultades para la reorganización, en caso de que los franceses dilataran la marcha de su expedición invasora. En cambio, si permanecía en las Mixtecas, aunque el enemigo hubiera avanzado inmediatamente para atacarlo, podía haber hecho resistencia en magníficas posiciones que no tenía en Oaxaca, combinadas las fuerzas de Benavides con las que habían quedado en dicha plaza mientras que se la fortificaba. Si el enemigo no avanzaba, volvía a disponer de tiempo para fortificar algunos puntos de la Mixteca para conservar los recursos de aquellos pueblos, y se hubiera obligado al enemigo a retardar su movimiento, porque

no habría podido ocuparse en la apertura de caminos, tan despreocupadamente como lo hizo.

Por otra parte, aquella División aislada en Oaxaca nada podía hacer en favor de la nación; reducida a una defensiva extrema, y llena de desaliento, no tenía por delante sino su propia ruina: "...la ocupación de una plaza es cuestión de tiempo". Mas estaba resuelto que no se disparara un solo tiro a extramuros de la ciudad.

Si bien es cierto que la experiencia ha sentado como axioma que cuando un ejército carece de buena disciplina, enervado por la inacción, y el del enemigo tiene esta superioridad, se debe abandonar la campaña y retirarse a las plazas fuertes, también lo es que las reglas de la guerra no son absolutas, y eso sólo debe hacerse cuando se opera sobre terreno raso, que no tiene montañas ni de dónde recibir auxilios.

4) El enemigo que ocupaba a Huajuapán, cuando supo el movimiento del general Díaz, no pudiendo prever su resultado, debió haberse reconcentrado en San Antonio; y después, ya que no se movió, debió atacar a Benavides tan luego como tuvo noticia del descalabro de Díaz seguido de su retirada; pero acaso porque tendría que obedecer órdenes precisas al respecto, o porque temiera acaso aventurarse a algún riesgo, por la dificultad para conducir su artillería, el caso es que obró con torpeza: la fuerza de San Antonio avanzó dos jornadas con mucha lentitud, y la de Huajuapán no hizo movimiento alguno.

En la ejecución de estas pequeñas operaciones militares, las fuerzas de una como de la otra parte pasaron por alto las reglas de la guerra, con los resultados respectivos consiguientes. Sin embargo, a raíz del revés sufrido por Díaz, los franceses consiguieron arrojarlo de las Mixtecas, donde hubieran tenido que allanar obstáculos demasiado serios, y aseguraron el avance de su tropa expedicionaria.

CONSUMADA LA RECONCENTRACIÓN de las fuerzas mexicanas en Oaxaca, se comenzó la fortificación de dicha plaza, y una nueva reorganización militar.

La tropa enemiga permaneció estacionaria; pero, como era natural, ocupó y fortificó los pueblos de la Mixteca, apoderándose de los recursos de la zona más productiva del Estado; continuó abriendo caminos para conducir su artillería y trenes; aumentaba constantemente sus elementos de combate, y prostituía la moral de aquella gente que, ansiosa de vengar los ultrajes que se le habían inferido, no vacilaba en hacer armas en contra de Díaz.

La pérdida de la Mixteca pronto se hizo notar por la carencia de sus recursos, y contribuyó a desmoralizar más aún a la División desmoralizada. Y a esto se debe agregar que la falta de haberes hizo que algunos de los jefes de los cuerpos, no pudiendo satisfacer sus exigencias, cometieran innumerables abusos con lo que se daba a la tropa; y de aquí vino la indisciplina: compañías enteras defeccionaban, con el mayor escándalo, y este mal ejemplo aumentaba el descontento general, y la desertión en todos los cuerpos. En vano se dictaban leyes terribles, como la del *jurado para los desertores*, con la cual, sin necesidad de instruir causa alguna, y en un término de dos horas, previa la sola identificación del acusado, se le condenaba a la pena capital; pero a pesar de todo, las cosas siguieron sin remediarse: cada ocho días morían de uno a cinco hombres ajusticiados. Y es que se quería atajar el efecto dejando subsistente la causa. Se castigaba la desertión sin que nunca se llegara a indagar, en cambio, si había o no motivo para ella.

El robo era otro vicio desarrollado de manera alarmante. Los soldados se metían en las casas impunemente; por las noches cargaban con las rejas de las ventanas, y en las calles, en presencia de todo el mundo, cometían los peores excesos. Una noche, el coronel T. . . , al regresar de uno de los lugares circunvecinos donde había estado jugando en unas fiestecitas, fue asaltado, para robarlo, por una partida de la misma gente de su cuerpo. Y estos desmanes, como eran cometidos por soldados que no abandonaban sus filas, quedaban impunes. ¡Un hecho de tal naturaleza merecía el honor de ser referido por los jefes como una hazaña!

Los oficiales, entregados al juego, causaban frecuentes es-

cándalos, que más de una vez fue necesario reprimir por medio de las armas; o bien en los parajes públicos murmuraban soezmente de sus superiores.* Los jefes de los cuerpos que consideraban necesario contar con apoyo, por su conducta relajada, solapaban los actos delictuosos de ciertos oficiales y, por el contrario, castigaban con severidad a aquellos otros cuya adhesión ponían en duda. Tales injusticias no podían menos de traer por consecuencia la corrupción del espíritu de disciplina.

Parecía que el general en jefe ignoraba el estado de cosas imperante a su alrededor, dada la indiferencia con que las veía; pero lo cierto es que, aun sabiéndolo, su idea de la conservación de la tropa lo obligaba a condescender con los causantes de aquellos graves desórdenes.

Es cierto que se había llegado a un grado tal de corrupción, que era peligroso quererla corregir de un solo golpe; pero de alguna manera se debía de haber comenzado, y no que hasta esto se temía.

El general Benavides, cuartel-maestre del cuerpo de ejército, que era un jefe instruido e inteligente, previendo un futuro desastre si no se ponía freno a la anarquía, trató de inspeccionar los cuerpos a fin de cerciorarse de lo que era necesario hacer para evitarla; pero el desarreglo y la malversación de varios jefes en las cajas de sus cuerpos dio lugar a que éstos se opusieran a la dicha revista de inspección, y seis o siete coroneles, so pretexto de que se ultrajaba su dignidad, presentaron sus dimisiones antes de sufrirla. Díaz llevó su debilidad hasta nulificar una orden general, impidiendo que aquélla se practicara, lo que motivó la separación del general Benavides. Éste, al dejar la División, se expresaba con las palabras siguientes: "El enemigo no necesita atacar la plaza; dentro de dos meses caerá en su poder sin que necesite disparar un solo tiro." Y si no sucedió así fue porque los franceses, para lograr la pronta pacificación del país, estaban obligados a atacar antes la plaza; pues, de lo contrario, las palabras de Benavi-

* El coronel Ballesteros, jefe del regimiento "Morelos", fue desterrado porque, estando en el teatro, habló mal del general en jefe.

des hubieran sido una profecía. No era de esperarse otra cosa de la inacción, la desmoralización, la falta de recursos y la debilidad del general Díaz.

Fuera de la ciudad de Oaxaca se hubieran podido remediar todos los males, que era tan difícil conseguirlo dentro de ella. Además, si el general se hubiera puesto en acción, un movimiento audaz que el enemigo no esperaba lo habría desconcertado, y tal vez hubiera batido con ventaja a algunos de los destacamentos que estaban muy fraccionados, logrando entorpecerles su marcha, y tendría tiempo para proseguir los trabajos de fortificación de aquella plaza, incompletos aún después de la rendición.

Pero a pesar de que gran parte de los jefes opinaban que debía tomarse la ofensiva, la guarnición permaneció inactiva hasta el mes de enero de 1865, en que el enemigo, después de haber debilitado sus guarniciones en el interior del país y de haber abierto caminos en las Mixtecas que dejaran expedito el paso de su artillería gruesa, con más o menos 4,000 hombres, hacía sus primeros reconocimientos sobre la ciudad de Oaxaca, a la que puso sitio pocos días después.

Cuando se ha esquivado el combate, cuando un general llega a colocarse en situación de defensiva extrema, su ejército adquiere la convicción de que el enemigo es superior a él, y de que no podrá atacarlo con ventaja; y esta misma convicción, al empeñarse la batalla, trae aparejadas consecuencias funestas: el soldado, primero que nada, distrae su atención en reconocer el lugar por donde debe escapar, y cualquiera circunstancia desfavorable la toma por un indicio de la derrota.

¡Y tal era la convicción dominante, desgraciadamente, en aquel cuerpo de ejército!

Una escaramuza en el primer reconocimiento, y otra en la hacienda de la Aguilera, que no significaron nada, fueron los únicos episodios de aquel sitio, en el que la mala administración respecto de los víveres, el mucho trabajo de la tropa en las fortificaciones no acabadas, y las muchas fatigas, aumentaron la desertión, que ascendía poco antes de terminar el sitio a 200 y 300 hombres todos los días, lo que concluyó por hacer imposible la defensa, y siquiera haber sucumbido con honor.

Hubo también otra circunstancia que agravó la situación de la plaza. En los comienzos del sitio se dispuso que saliera la caballería para que entrara en actividad a la retaguardia de los sitiadores y reclutara gente en socorro de la plaza. Desde luego se comprende lo mal calculado de esta disposición, porque no habiendo terreno apropiado para esta arma sino fuera de las Mixtecas, tenía que avanzarse hasta el Estado de Puebla; lo segundo era imposible porque se carecía de municiones de guerra; y, además, la comisión confiada a la caballería le daba independencia completa de la plaza, quedando a merced de los acontecimientos; así es que ocho o diez días después de su salida se ignoraba enteramente su paradero, y no era posible, en caso necesario, disponer de ella. Esto no hubiera sucedido si se la hubiera hecho permanecer en un punto señalado, designándole el terreno en que debía operar.

Coincidiendo con la salida de la caballería, el coronel Treviño y algunos otros jefes, previendo acaso cuál sería la suerte que correría la sitiada plaza de Oaxaca, se segregaron de la brigada con los escuadrones de la Legión del Norte, y se destruyó la fuerza.

En conclusión: el desastre funesto de Oaxaca vino a ser la consecuencia natural de los desaciertos cometidos en todas las operaciones militares, contrarias siempre a las reglas de la guerra, y que colocaron gradualmente a la División en un estado en que no había más que sucumbir.